

Sinesio Delgado

El carro de la muerte

Sinesio Delgado nació en Támara (Palencia), el 12 de diciembre de 1859. En 1880, después de trasladarse a la capital para cursar estudios de Derecho tras estudiar la carrera de Medicina en Valladolid, comienza su andadura periodística en *Madrid Cómico*, publicación que se cerró en 1881 y que el mismo Delgado, animado por José García Rubio, refundó en 1883, comprometiendo la participación de Clarín, entre otros autores. Al frente de este semanario de humor estuvo quince fecundos años, tras los cuales supo retirarse ante la imposibilidad de competir con revistas ilustradas como *La Ilustración Española y Americana* y *Blanco y Negro*.

Tras abandonar *Madrid Cómico* acomete la decisiva fundación de la Sociedad de Autores Españoles (hoy Sociedad General de Autores Españoles).

Enfermo en sus últimos años a causa de una grave afección respiratoria, complicada por su adicción al tabaco, muere el 13 de enero de 1928.

Su obra teatral es singularmente vasta, y el catálogo de sus títulos comprende más de noventa obras, incluidas las inéditas, que van desde *Castilla y León*, estrenada en su Támara natal en 1876 a sus diecisiete años, hasta el Sainete *¡Hijo de mi alma!*, estrenado en el Teatro del Gran Casino de Santander cuatro años antes de su muerte¹. La fecundidad teatral de Sinesio Delgado no se correspondió con su éxito; antes al contrario, sus estrenos cosecharon frecuentes fracasos.

En sus abundantísimas incursiones en la zarzuela, de la que *El carro de la muerte* es una muestra singular, Delgado no cayó en el mal gusto predominante en la época. *El carro de la muerte* fue estrenada el 12 de abril de 1907 en el Teatro de la Zarzuela de Madrid. La partitura fue compuesta por el maestro Tomás Barrera.

¹ Remitimos al detallado catálogo del que da cuenta Beatriz QUINTANA JATO en *Sinesio Delgado y el Madrid del 98*, Palencia, Cálamo, 1999, pp. 120-27.

Clasificada por su propio autor como “zarzuela fantástica extravagante”, fue representada, entre otros actores, por Valentín González en el papel de don Quijote de la Mancha, José Moncayo en el papel de Sancho, Luis Bayo y Josefina del Campo en los papeles de los duques de Torremormojón y Enrique Gandía en el difícil papel de Silvio Lillal, antagonista de don Quijote a quien sin embargo le unen, como veremos, rasgos paródicos muy comunes.

El argumento es sencillo: los protagonistas del *Quijote*, que han sido sacados de su sepultura con motivo de la conmemoración del tercer centenario de la novela de Cervantes, vagan por la sierra, en una zona localizable entre el norte de Madrid y las inmediaciones de Ávila y Segovia. Tras encontrarse con dos maletillas —el Zoquete chico y el Pupas—, que van de pueblo en pueblo toreando en tientas y capeas, vienen a coincidir con una alocada compañía de *varietés* cuyo director es Silvio Lillal, encarnación paródica de la estética y el lenguaje del modernismo más estridente. De acuerdo con lo que es propio de su ejercicio caballeresco, don Quijote, empeñado en servir a las mujeres de la compañía, se propone redimirlas de la esclavitud que supone ir de un sitio a otro para ganarse el pan con sus actuaciones.

Por la peculiaridad de su argumento, y no obstante su inequívoca relación con el modelo cervantino, *El carro de la muerte* es una excepción en las zarzuelas de inspiración quijotesca, que se adscriben al nutrido grupo de las recreaciones musicales que acometen la versión de un determinado episodio o grupo de episodios de la novela original².

Teniendo en cuenta criterios temáticos más concretos, *El carro de la muerte*, cuyas reminiscencias quijotescas son claras más allá de la inconfundible caracterización de los protagonistas —recuerdo del carro o carreta de las Cortes de la Muerte, monturas nuevamente robadas, encuentro con los duques—, vendría a adscribirse a las continuaciones heterodoxas del original cervantino, más concretamente a la singular modalidad de las resurrecciones.

Para elaborar nuestra edición empleamos la única de la que tenemos constancia, publicada en Madrid el mismo año de su estreno, cuyo texto no plantea especiales problemas: *El carro de la muerte. Zarzuela fantástica extravagante en un acto...* Madrid, Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, 1907.

Personajes

La Reina del Molinete
La bella Zaida
Cucú
La Ricitos
La señora Ramona
La duquesa de Torremormojón
Don Quijote de la Mancha
Sancho
El Zoquete chico
El Pupas

² Ver Santiago LÓPEZ NAVIA, “El marco teórico: una propuesta de clasificación de los tratamientos musicales del *Quijote*”, en *Inspiración y pretexto. Estudios sobre las recreaciones del Quijote*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2005, pp. 177-83.

Silvio Lillal
El duque de Torremormojón
Bernardo
Colás
El marquesito
Pastores, coupletistas, *clowns*, pierrotos, excéntricos, damas y caballeros convidados.

La acción en la sierra de Ávila. Verano. Época actual. Derecha e izquierda las del actor mirando al público.

ACTO ÚNICO
CUADRO PRIMERO

Monte espeso. Es de noche.

ESCENA PRIMERA. DON QUIJOTE, SANCHE.

Ambos duermen sobre la hierba, el primero con la cabeza apoyada sobre la silla de Rocinante, el segundo sobre la albarda del rucio. Preludio descriptivo de la noche de verano, a telón levantado la mitad de él por lo menos. Cuando cesa la orquesta, don Quijote sueña en voz alta y dice:

QUIJOTE

Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete³... (*Al querer echar mano a la espada se despierta sobresaltado y se incorpora rápidamente.*) ¡Eh! ¿Qué nueva y espantable aventura es ésta? ¡No! No es aventura, sino imaginación y pesadilla... ¡Triste condición la de los caballeros andantes, a quienes las fantasmas desvelan cuando reposan fatigados!... (*Pónese en pie y contempla a Sancho dormido.*) ¡Y dichosos los escuderos, que duermen hartos y ahitos, sin que les desvelen encantadores, ni les pinchen brujas, ni les acosen enanos ni vestiglos!...

SANCHE

(*Sin moverse.*) ¿Quién habla ahí de enanos, brujas y escuderos ahitos y dichosos? ¡Así Dios me salve como esta dicha es la que os deseo!

QUIJOTE

¡Cómo! Sancho amigo, ¿no duermes?

SANCHE

¿Dormir? ¡Pesía mí! ¡No parece sino que a ello me convida esta almohada de plumas, que ardiendo vea yo en los infiernos, con el hi de tal que por estos andurriales me trajo! (*Se incorpora.*)

QUIJOTE

¿Tuviste pesadilla también, Sancho? O ¿qué te desveló y quitó el sosiego?

SANCHE

Desveláronme las alforjas, que traemos relucientes de puro limpias ha más de una semana.

³ Sinesio Delgado transcribe textualmente las mismas palabras que el protagonista dirige a los molinos de viento en el capítulo I, 8 del *Quijote*.

- QUIJOTE No te entiendo, Sancho. (*Sancho se pone en pie.*)
 SANCHO Haceos de miel y os comerán las moscas... ¡Pues no dice que no me entiende!
- QUIJOTE ¡Válame Dios, amigo Sancho, y cuán sabio fue el que dijo que la naturaleza humana es de suyo ingrata y olvidadiza! Te hartaste de pavos y gallinas en las bodas de Camacho, y ni por cortesía diste gracias a tu amo y señor, a quien aquella hartura debías; escasean un día las viandas y reniegas de tu desventura, y culpásme de ella, como si a mí no me alcanzara... Pero espera, que, o mucho me engaño, o mi buena estrella me trae a la mano la ocasión de responder a tus quejas... ¿Oyes que turba el silencio de la noche ruido de pisadas?
- SANCHO Sí; algo de eso parece.
 QUIJOTE Pues abre el corazón y da tregua a tus deseos, porque sin duda ese ruido indica que se acerca alguna alimaña del bosque, de carne apetitosa y suave, y a la cual yo atravesaré con mi espada, para que tú comas de ella cuanto quisieres.
- SANCHO Mire, señor, y ande con tiento; que si de una aventura de leones⁴ salió vuesa merced con bien por milagro, tanto va el cántaro a la fuente...
- QUIJOTE Si tienes miedo, apártate un buen trecho y mira; que los pasos se acercan.
- ZOQUETE (*Cantando dentro.*)
 ¡Arza y toma
 que tengo un morrongo⁵
 que cuando en la falda
 y así me lo pongo...!
- (*Sigue cantando hasta que el diálogo lo indica.*)
- QUIJOTE ¡Una voz humana!
 SANCHO Y dice no sé qué de morrongo. A cosa de encantamiento me huele.
- QUIJOTE ¡Téngase allá quien sea! (*Cesa el canto dentro.*) Aventura tenemos, Sancho.
- SANCHO Plegue a Dios que no acabe a palos como las otras.

ESCENA II. DICHOS, EL ZOQUETE Y EL PUPAS

Son dos aprendices de novilleros de los que acuden a las capeas de los pueblos. Visten pobremente y cada uno lleva al hombro, liados en un pañuelo, un capote de percalina roto y sucio y un par de banderillas. Salen por la primera izquierda y al tropezar de manos a boca con la extraña figura de don Quijote no pueden disimular el susto y echan a correr hacia el fondo.

⁴ Evidente alusión a la aventura de los leones (*Quijote*, II, 17).

⁵ “Arza y toma” son dos de las expresiones más frecuentes para jalear a los artistas en el flamenco. Morrongo: es término coloquial para gato.

ZOQUETE	¡La mare e Dios!
PUPAS	¡Socorro!
QUIJOTE	¡Teneos, gente malaventurada y asustadiza, que de paz está quien os llama! (<i>Al oír estas voces se detienen en el fondo.</i>) Teneos, digo, y llegaos a mí sin miedo, que no entra en las leyes de la honrosa profesión de la caballería dañar al que teme y perseguir al que huye.
ZOQUETE	¿Qué te paece, Pupas?
PUPAS	Por mí... vamos allá. No han de ser ladrones.
ZOQUETE	Y aunque lo sean. Como no nos quiten los años... (<i>Adelantan un poco, acercándose a don Quijote.</i>)
SANCHO	Galeotes parecen éstos; pedrea tendremos como despedida.
PUPAS	Usted dirá qué tripa se le ha roto, buen hombre.
QUIJOTE	¿Qué es eso de tripa? ¿Qué lenguaje grosero es ése?
ZOQUETE	No se encalabrine ⁶ usted, señor. Aquí el amigo ha querido preguntar qué se le ofrece.
QUIJOTE	Saber quiénes sois, dónde vais, de qué peligros huís y cuáles desventuras os fuerzan a caminar en estas soledades y en tal guisa.
ZOQUETE	Aquí no hay guiso ninguno, ¡ojalá! Lo que hay se lo diremos a usted en cuanto sepamos qué anda usted haciendo a estas horas por el monte vestido de máscara.
QUIJOTE	¡Máscara yo! ¡Máscara el invencible, el fuerte, el inmortal don Quijote de la Mancha, asombro de las edades y admiración del mundo!
ZOQUETE	¡Atiza, manco! ¿Conque es usted don Quijote? Pues me alegro de verle bueno, porque yo creí que se había usted muerto el año de la nana.
QUIJOTE	Y muerto y enterrado fui; pero sacáronme de la sepultura años ha para celebrar mi centenario, y en la corte estuve en mal hora con este mi fiel escudero que aquí veis.
SANCHO	Y que besa a vuesas mercedes las manos.
QUIJOTE	Pensábamos que se inventarían en nuestro honor fiestas nunca vistas, y nos encontramos con que todas las invenciones se parecían como un huevo a otro a las que se lucen en las míseras y pobres ferias del Toboso y Argamasilla...
ZOQUETE	¡Ah, sí! Ya me acuerdo. ¡Menuda plancha fue aquella, amigo!
QUIJOTE	Acongojados y mohínos huimos a campo traviesa para esconder por toda la eternidad en la fosa nuestra pesadumbre, tristeza y corrimiento. Pero esta mi nación no es la misma. Donde dejé espesas arboledas hallo desiertos páramos, donde bosques frondosos, pelados vericuetos, y donde caminos de herradura, cintas de hierro por donde ruedan grandes carretas encantadas con estruendo de golpes,

⁶ En este contexto, y en este momento de la historia de nuestra lengua, encalabrinarse significa enfadarse.

	silbidos y cadenas. Hémonos perdido y vagando vamos por sierras y valles como ánimas del purgatorio, sin dar con la huesa que nos espera abierta no sabemos dónde.
ZOQUETE	Sí que es una gaita. Pues nosotros... maldito si les podemos servir a ustés pa el caso, porque yo, por mi parte, en mi vida he oído hablar de la sepultura esa, aunque he corrido media España.
PUPAS	Ni yo.
QUIJOTE	¿Media España decís? ¿Seréis alcabaleros ⁷ por desventura vuestra?
ZOQUETE	(<i>Al Pupas.</i>) ¿Alcaba... qué ha dicho?
PUPAS	(<i>A Zoquete.</i>) No sé; pero paece una cosa mala.
ZOQUETE	(<i>A don Quijote.</i>) No, señor; no somos alca... eso. Somos matadores de toros que no hemos tomao la alternativa por intrigas que hay.
QUIJOTE	¿Lanceáis toros? ¿Diversión de nobles caballeros es ésa!
ZOQUETE	Y que usté lo diga. Pues con ser tan caballeros como somos, aquí nos tiene usté haciendo primores en las capeas de los pueblos. Este empapa ⁸ como los ángeles y yo me ciño ⁹ como las propias rosas.
QUIJOTE	(¿Rosas? ¿Ángeles?... ¿Qué está diciendo este hombre?)
ZOQUETE	Esta tarde pasada hemos toreao en el Encinar, y ahora vamos a Cercedilla a correr, en cuanto amanezca, el novillo del aguardiente ¹⁰ . ¡Vaya una brega! ¿Eh? Y aprender, se aprende algo; pero lo que es lucimiento... ¡piscis!
PUPAS	¡Chanflis!
QUIJOTE	(<i>Verdaderamente asustado.</i>) ¿Eh?
SANCHO	Hablan en latín de corrido ¹¹ .
ZOQUETE	Porque le sueltan a uno ca morlaco que enciende, con más saber que un catedrático. Desparraman ¹² , se arran-

⁷ Es muy posible que con esta consideración tan clara de la adversidad que tenían que afrontar los recaudadores de impuestos, Sinesio Delgado esté rindiendo homenaje a Cervantes, que se dedicó a ese oficio, con especial falta de fortuna, desde que fue nombrado comisario de abastos en 1587.

⁸ Según la *Tauromaquia* de Pepe-Hillo, empapar es expresión que se usa para significar la acción de pararle en el engaño al toro, procurando que no vea otro objeto y lo tome de por fuera (José Carlos de TORRES, *Diccionario del arte de los toros*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, p. 152, s.v. *empapar*). En otras palabras, es el acto de aproximar la capa o la muleta al astado para que, pendiente sólo de ella, no pueda distraer su atención fijándose en el diestro o en ninguna otra persona o cosa que se encuentren cerca, evitando así riesgos innecesarios.

⁹ Es un término de la tauromaquia cuyo significado guarda una evidente relación con el anterior: "Ejecutar el torero los pases de muleta u otras suertes muy cerca de la cabeza del toro" (José Carlos de TORRES, s.v. *ceñirse al toro*).

¹⁰ Referido en este caso al novillo y no al toro, "su denominación procede de la hora temprana en que se corre, coincidente con la costumbre popular de beber aguardiente para matar el gusanillo del madrugón. Pertenece a una tradición centenaria, que ha provocado bastantes cogidas" (José Carlos de TORRES, s.v. *aguardiente, toro del*).

¹¹ *Piscis* y *chanflis*, que a Sancho le suenan a latín por sus terminaciones, son expresiones castizas que quieren decir 'nada de nada'.

¹² Desparramar es mirar el toro sucesivamente a los bultos que están a su alcance sin fijeza.

- can¹³, cortan el terreno¹⁴ y cuando menos lo espera uno se encuentra en la cuna.
- QUIJOTE ¿Has entendido algo, Sancho amigo?
- SANCHO Todo: que cuando se enciende un morlaco de esos, estos hombres vuelven a ser recién nacidos y los acuestan.
- ZOQUETE Conque... vean ustés lo que nos mandan, que nos falta media legua pa Cercedilla y hay que descabezar un sueño.
- QUIJOTE Id en paz, gente honrada y valerosa. Y si alguno de esos astados vestiglos os hiciere algún desaguisado, despachad un correo y volaré en vuestra ayuda.
- PUPAS Se agradece, amigo, y hasta otra vista.
- ZOQUETE Que encuentre usted pronto ese campo santo que busca, y por allá nos espere muchos años. (*A Pupas.*) Está más loco que una gavia.
- PUPAS Guillao perdido.
- LOS DOS (*Yéndose.*)
- ¡Arza y toma
que tengo un morrongo
que cuando en la falda
y así me lo pongo...!
- Siguen cantando hasta que la voz se pierde a lo lejos.*
- QUIJOTE ¿Qué dices de esto, Sancho?
- SANCHO ¡Qué he de decir, señor! Que el que hambre tiene con pan sueña, y que a perro flaco todas son pulgas. Pensaba vuesa merced ver llegar un sabroso cervatillo, y hanse aparecido dos aventureros que por las trazas y señales más están para que les regalen hogazas que para dar mendrugos.
- QUIJOTE Así ha sido, en efecto. Pero escucha. Paréceme oír muy cercanos ruido de esquilas y rumor de alegres risas femeniles.
- SANCHO Así es, señor; que hacia aquí viene un carro y por lo que se puede ver con la claridad de un grande farol con que se alumbra el carretero, trae por carga mujeres con vestidos ricos y vistosos.
- QUIJOTE ¿Qué dices? ¡Oh, dichosa suerte la nuestra! Esas doncellas son, sin duda, las princesas que habitan en estos con tornos y que vienen aquí guiadas por algún enano bienhechor que nos favorece y ayuda.
- SANCHO Déjese de enanos y princesas, ¡por los clavos de Cristo! Y más bien traiga a la memoria la famosa aventura de las cortes de la muerte¹⁵, porque o mucho me engaño, o és-

¹³ Aplicándola en este caso, obviamente, al animal, es la “acción de partir el toro hacia el diestro, o éste hacia aquél cuando va a ejecutar ciertas suertes” (José Carlos de TORRES, *s.v. arrancar*).

¹⁴ “Ya en la *Tauromaquia* de HILLO, significa la acometida recta del toro al lugar adonde irá a parar el diestro o el caballo” (José Carlos de TORRES, *s.v. cortar*).

¹⁵ El Sancho de Sinesio Delgado alude a la aventura del carro o carreta de las Cortes de la Muerte (*Quijote*, II, 11).

ta es otra carreta de comediantes como la que nos dio antaño aquella pesadumbre.

QUIJOTE ¡No nos dará tal, Sancho! Mujeres vienen en ella, según dices, y con las mujeres van siempre la alegría de la vida y la luz de los cielos.

SANCHO Pues mujeres iban también en la de marras y en lugar de luz y alegría llovieron vejigas y zambombazos.

QUIJOTE Aparta, que ya llegan. *(Quedan ambos en primer término derecha.)*

ESCENA III. DON QUIJOTE, SANCHO, SILVIO LILIAL, LA REINA DEL MOLINETE, LA BELLA ZAIDA, CUCÚ, LA RICITOS

Aparece por el fondo izquierda todo lo siguiente: en primer lugar Silvio Lilial¹⁶ con frac rojo, calzón de seda, pelo lacio pegado a las sienes, monóculo grande y sombrero flexible, graciosamente arrugado. Lleva en la diestra un gran farol modernista, encendido, y en la siniestra el ronzal a que viene atado un caballejo. Este caballejo tira de un carro, también modernista, si puede ser, y en el carro están la Reina del Molinete, la bella Zaida, Cucú y la Ricitos, con trajes caprichosos y brillantes a gusto de las consumidoras. En cuanto Silvio ve a don Quijote y Sancho, hace el gesto de asombro que es de suponer y párase el carro inmediatamente.

Música

SILVIO Surgen de las sombras,
de las sombras surgen
flébiles visiones,
creaciones locas, ingrátidos frutos
de calenturientas imaginaciones.

LAS MUJERES No salgas ahora
con algún desplante.
Da las buenas noches
y sigue adelante.

QUIJOTE *(Hablando, con música en la orquesta.)* Detén tus pasos y refrena el brioso corcel que guías. Si las soberanas bellezas que en tu carro vienen son, como me figuro y creo, encopetadas señoras, rendidas y enamoradas de mi gentileza y brío, bien venidos seáis y dispuesto estoy a besarles las manos hincada la rodilla; pero si encantadas van por tus diabólicos sortilegios, conmigo eres en batalla. Y, ¡voto a tal!, que aquí mismo las dejas en libertad de ir donde quisieren, o he de hacerte picadillo y jigote¹⁷ sin levantar mano.

¹⁶ Además del estilo exageradamente modernista de su atuendo, el nombre del personaje es inequívocamente paródico del lenguaje modernista, que gustaba de los lirios.

¹⁷ El jigote o gigote es un guiso de carne picada. Hacer jigote a algo o a alguien quiere decir convertirlo en picadillo.

LAS MUJERES A las claras se ve
que es un loco de atar,
pero vamos a ver
si nos deja pasar.

*Bajan lentamente del carro mientras Silvio, más muerto
que vivo, canta lo siguiente:*

SILVIO Fantasma grácil, que en remembranza
de edades muertas se yergue aquí,
deja que entone dulce añoranza
la poesía dentro de mí.

QUIJOTE *(Hablado.)* ¿Eh? ¿Qué es esto?

LAS MUJERES *(A Silvio.)* No digas tontunas
y apártate un poco.
No le haga usté caso, *(a don Quijote)*
que el pobre está loco.

Acercándose más a don Quijote y Sancho.

REINA ¡Pero qué sorpresa!

ZAIDA Pero....

CUCÚ Pero...

RICITOS Pero...

TODAS ¡Si éste es don Quijote
y ése su escudero!

QUIJOTE *(Hablado.)* ¡Los mismos somos! Esclavos vuestros desde
ahora.

SANCHO *(Ídem)* Abra el ojo vuesa merced, que a la cuenta son éstos
los morlacos que decía el otro, que encienden y se arrancan.

LAS MUJERES Aprovecharemos
tan buena ocasión
para demostrarles
nuestra admiración.

*Dos de ellas se colocan una a cada lado de don Quijote, y
las dos restantes hacen lo mismo con Sancho.*

LAS DOS PRIMERAS Espejo, flor y nata
de andantes caballeros.

LAS DOS SEGUNDAS Ejemplo y enseñanza
de fieles escuderos.

LAS PRIMERAS Salud.

LAS SEGUNDAS Salud.

LAS CUATRO Salud.

Os respeta y os ama
la alegre juventud.
Si yo supiese que Dulcinea/tu Teresa¹⁸ no se ofendía

¹⁸ A falta de indicaciones más precisas en el libreto original, hay que pensar que las cuatro mujeres cantan de dos en dos y al mismo tiempo el mismo verso, con la única variación del nombre de la mujer que corresponde a cada uno de los protagonistas.

- con tu desvío,
¡con cuánto gusto y a todas horas te llamaría
gatito mío!
QUIJOTE *(Con un suspiro tierno.)* ¡Ay!
SANCHO *(Con otro, que parece berrido.)* ¡Ay!
LAS MUJERES Su gracia y su primor
aquí a ofreceros van
las reinas del *couplet*,
del tango y del cancán.
- Júntanse las cuatro y bailan una danza breve, sugestiva, pero
fina y elegante, mientras canta Silvio en segundo término.*
- SILVIO Rayos febinios crepusculizan,
el cielo cárdeno tórnase azul,
y como lágrimas se cristalizan
las del rocío gotas de tul.
La aurora pálida
viene detrás.
Si nos alcanza, no llegaremos
¡jamás, jamás!¹⁹
Hablado
- QUIJOTE En Dios y en mi ánima os juro, ¡oh vaporosas ninfas de
esta selva!, que vuestras gracias y donosura han rendido
mi fortaleza y sujeto mi ánimo. Y os pido y ruego que
me digáis vuestros nombres y el de ese encantador que
os conduce.
- REINA Oye tú, Silvio; que te ha llamado encantador este caba-
llero.
- SILVIO No es el primero que me lo llama. Pero esas florículas
laudantes no calman la desolación de mi vida gris y de
mi alma glauca.
- QUIJOTE ¿Qué ha dicho?
RICITOS ¡Anda con Dios! ¿Qué ha de decir? Que está mochales.
QUIJOTE ¿Mochales? Tampoco a ti te entiendo, ninfa.
REINA ¿Se quiere usted callar? Ni nosotras somos ninfas, ni esta-
mos encantadas, ni ése es el camino.
- QUIJOTE ¿Quiénes sois, entonces?
REINA Yo soy la Reina.
QUIJOTE *(Haciendo ademán de arrodillarse, mientras Sancho se des-
cubre.)* ¡La Reina!
- REINA Sí, hombre, sí; la Reina del Molinete. ¡Claro! Usted no
me habrá oído nombrar; pero la gente de trueno me co-
noce toda.
- QUIJOTE ¿De trueno?

¹⁹ De esta manera tan paródicamente modernista expresa Silvio Liliel el tránsito del tiempo desde el atardecer hasta el amanecer, lamentando la demora en el viaje que causa el diálogo de las mujeres con los protagonistas: los rayos febinios crepusculizan, es decir, los rayos del Sol (Febo) se hacen menos intensos en la hora del crepúsculo, cuyo cielo cárdeno se vuelve azul al llegar la noche clara, que trae las gotas de rocío.

RICITOS	Sí, señor; de trueno. Formamos una compañía de variedades, ¿usté comprende? Esta noche hemos dado una función en el Espinar en un teatrillo al aire libre, y como mañana hemos de trabajar en Cercedilla, donde hacen otras fiestas unos muchachos veraneantes, allá íbamos ahora, con los mismos trajes de la representación, porque han de salir a recibirnos con cohetes y charanga.
SANCHO	(Ya barruntaba yo que ésta era una carreta como la de antaño.)
QUIJOTE	Y ¿qué auto o farsa representáis?
REINA	¿Auto? ¡Anda el auto! Yo bailo una bayadera ²⁰ que dicen algunos señores formales que es cosa de comerme; aquél toca el xilofón y recita versos, que no los entiende el verbo divino; ésta, la bella Zaida, canta unos <i>couplets</i> con una sal y pimienta...
ZAIDA	¿Quiere usté oír uno?
QUIJOTE	¡No en mis días! La pimienta y la sal para los estómagos sin jugo y los paladares enfermos; yo estoy sano de cuerpo y de alma, ¡loado sea Dios!, y no necesito especias para las viandas ni acicate para los deseos.
SILVIO	(<i>Acercándose un poco.</i>) No musitéis más. El claror opalino avanza por las espeseces del bosque y debemos ambular antes de que aurorezca.
QUIJOTE	Pero, ¿qué dice?
ZAIDA	Nada; que tenemos prisa. (<i>A Silvio.</i>) Pues anda, arrea si quieres, que ya te alcanzaremos.
SILVIO	Está bien. ¡Oh banales cariátides ingratas! ¡Cómo me obstaculizan las contratas!
QUIJOTE	¡Arre, hipogrifo! (<i>Vase con el carro por el fondo derecha.</i>)
CUCÚ	Y estas otras dos damas, ¿en qué se emplean? Pues verá usté: a mí me dicen <i>Cucú</i> , ¿sabé usté por qué? Porque canto la habanera del cuco, dando unos revoloteos muy graciosos por el tablado, y al estribillo hago así con la pierna. (<i>Alzándola bastante.</i>)
QUIJOTE	¡Quieta!
SANCHO	¿Cómo?
CUCÚ	Así. (<i>Alzándola mucho más.</i>)
QUIJOTE	¡Quieta he dicho! Repito que no necesito adobos ni acicates.
ZAIDA	Y esta otra, la Ricitos, se marca un tango por lo fino, que tiene usté que oír a los hombres aullar y patalear de gusto.
RICITOS	Y no crea usté que son chiquilicuatos, no, señor; hombres serios y graves, y casi todos calvos y con las barbas blancas.

²⁰ La bayadera es una mujer oriental, generalmente india o musulmana, que inicialmente ejecutaba canciones y danzas sagradas dedicadas al culto de algunas divinidades del panteón indio, aunque con posterioridad, y especialmente a partir del siglo XVI, las bayaderas se dedicaron al espectáculo musical meramente dedicado a la diversión. Aquí se entiende la palabra, por extensión, como “el baile de la bayadera”.

- QUIJOTE ¡Basta! Nunca pude imaginar que aquellos pasos graciosos y simples y aquellas farsas ingeniosas y entretenidas vinieran a parar en cosa semejante. Tornad a vuestra carreta si quisierais y Dios os salve de la tentación y a mí de vosotras.
- REINA Pues ya lo sabe usted, si quiere vernos trabajar, a Cercedilla vamos. ¡Andando, niñas! Adiós, Caballero de la Triste Figura. (*Medio mutis de las cuatro mujeres.*)
- QUIJOTE Oiga antes la Reina. ¿Elegisteis esa profesión por vuestra propia y libre voluntad?
- REINA Naturalmente.
- QUIJOTE ¿Nadie os forzó a seguirla?
- REINA Hombre... tanto como nadie... Nos obliga el *piri*²¹.
- QUIJOTE El *piri*, ¿es algún endriago?
- REINA El *piri* es el garbanzo, la comida... Si no hiciéramos esto no comeríamos, y cada uno se las busca como puede. Con que ya lo sabe usted. (*Alzando la pierna otra vez a guisa de despedida.*) *Cucú.* (*Únese riendo a las otras.*)
- QUIJOTE ¡Quieta!
- REINA ¿Sabéis lo que os digo? Que este hombre daría un dineral si se quisiera venir con nosotras a cantar *la pulga*²². (*Vanse todas riendo por el foro derecha.*)

ESCENA IV. DON QUIJOTE, SANCHE

- QUIJOTE (*Pensativo.*) Forzadas por la necesidad del sustento... ¡Sí! Forzadas han dicho... ¡Sancho, ensilla a Rocinante y apareja al rucio! ¡Vamos a seguir y a amparar a esas infelices!
- SANCHE ¡Cómo, señor! ¿Con esas salimos ahora?
- QUIJOTE Digo que estas aventuras de redimir cautivos y socorrer doncellas entran de lleno en los deberes de la orden de caballería que profeso. Y no se hable más y ensilla y apareja pronto, que el tiempo corre.
- SANCHE ¡Por Dios y Su Santa Madre, señor! ¡Ya que hemos escapado sanos y salvos del cuco y de los molinetes, no se empeñe en seguir a esas daifas²³, que le trastornarán el cerebro como a los calvos de las venerables barbas de que hablaba mi señora la Ricitos!

²¹ En el argot propio de la extracción sociocultural baja, *piri* significa comida en general y cocido madrileño en particular; de ahí que la Reina del Molinete matice diciendo que la palabra se refiere a los garbanzos, principal ingrediente de este plato.

²² Este baile erótico, ejecutado por una mujer que simulaba buscar sugestivamente entre sus ropas una pulga que nunca se dejaba atrapar, adquirió toda su fuerza gracias a las celebradas interpretaciones de la zaragozana Raquel Meller y la cubana Consuelo Portela, la Chelito, a principios del pasado siglo.

²³ En el sentido de mujeres jóvenes y atractivas.

- QUIJOTE Voto a tal, que si no callas y obedeces...
- SANCHO Callo y obedezco... (Regáñame mi madre y yo trómpogelas²⁴.) (*Vase primera derecha. Dentro.*) ¡Eh! ¿Qué es esto? (*Vuelve a salir inmediatamente, azorado y lloroso.*) ¡Ay. Dios mío! ¡Qué desgracia tan grande!
- QUIJOTE ¿Qué te aflige, Sancho?
- SANCHO Que no están.
- QUIJOTE ¿Quién?
- SANCHO ¿Quién ha de ser? Rocinante y el rucio. Atados los dejé en unos árboles aquí a cuatro pasos, y ni atados ni sueltos los veo por ninguna parte.
- QUIJOTE Busca y escudriña bien. Habrán roto las cuerdas.
- SANCHO ¡No, no! No las han roto. Son ellos incapaces de romper nada... ¡Ya!
- QUIJOTE ¿Qué?
- SANCHO Ya sé lo que ha sido. Aquellos lanceadores de toros, que vea yo comidos de gusanos, son los que se han llevado nuestras bestias.
- QUIJOTE Razón debes de tener; que ambos tenían trazas de cuatrerros. Pero no se dirá que por causa tan ruin dejó don Quijote de acudir a donde su obligación le llamaba. Marchemos a pie, Sancho, y que Dios nos guíe. Dos empleos han de tener ya mi fuerte brazo y mis alientos varoniles: rescatar nuestras cabalgaduras y redimir de su vergonzosa esclavitud a esas pobres doncellas...
- SANCHO Con lo del rescate me conformo, que de lo otro se me da una higa. (*Empiezan a marchar hacia el fondo derecha.*)
- QUIJOTE Entrambas cosas son necesarias y oportunas, Sancho. (*Empieza a caer lentamente el telón de cuadro.*) Porque has de saber que en toda república bien organizada es tan conveniente atender y cuidar los intereses que llaman materiales como los que sólo atañen al espíritu o a la honra se refieren. Y desde ahora te prometo y juro no comer pan a manteles ni dormir bajo techo mientras esas desventuradas mujeres sin defensa ni amparo... (*Sigue oyéndose la voz dentro que se pierde apagada por la música que acompaña a la mutación. Cae el telón completamente.*)

²⁴ El Sancho de Delgado expresa, con alguna variación, el refrán que don Quijote le cita en el capítulo II, 43 del *Quijote*: “— ¡Eso sí, Sancho! —dijo don Quijote—. ¡Encaja, ensarta, enhila refranes; que nadie te va a la mano! ¡Castígame mi madre, y yo trómpogelas!”.

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de selva.

ESCENA V. CORO DE PASTORES

Salen por la izquierda, uno tras otro, avanzando con mucha precaución y como si buscaran a alguien. Todos traen zurrone y cayadas. Música.

CORO

Mirar hacia arriba,
mirar hacia abajo,
mirar hacia adelante,
mirar hacia atrás,
y en cuanto aparezcan
por algún atajo,
palo y tente tieso
y no se hable más.
A esos señoritos que hacen la fantasma
y andan por el bosque vestidos así
pa ver si la gente se asusta y se pasma
y reírse de ella dimpués en Madrí
hay que escamentarlos
con un par de golpes
y meterles miedo
pa que no se crean
que los aldeanos
se chupan el dedo.
Y si resultan almas en pena
u hombres que dentro tienen los malos,
la melecina también es buena,
que los demonios se echan a palos.
Conque amos pa adelante
dispuestos a todo,
mirando hacia arriba
y abajo y atrás,
y en cuanto aparezcan
por algún recodo,
zurriagazo limpio
y no se hable más.

Hablado.

COLÁS

¡Quietos!

BERNARDO

¿Qué pasa?

COLÁS

Me paece que se oye ruido por la carretera. *(Pausa. Todos escuchan.)* No; no se oye nada.

BERNARDO

A ver si han tirao por la casajera pa cortar camino.

COLÁS

¡Que no, hombre! Que es por aquí por donde vienen...

BERNARDO

Pero, ¿tú los has visto?

COLÁS

Como a ti ahora.

BERNARDO ¿Y estás seguro de que no eran duendes?
COLÁS ¡Miá con lo que sale! Si dende que se puso el ferrocarril no
 hay eso. Son dos hombres como tú y como yo. Uno de
 ellos, con un casco en la cabeza, va dando voces como si
 estuviera furioso y pegando con la espada en los árboles.
BERNARDO ¡Ah! Pero, ¿traen espadas?
COLÁS ¡Qué! ¿Tíés miedo?
BERNARDO Hombre... es que si son locos o endemoniaos de ve-
 ras... (*Suena dentro, muy fuerte, una bocina de automó-
 vil. Los pastores se asustan.*) ¡Ahí están! (*Suena otra vez la
 bocina. Todos echan a correr y desaparecen por donde vi-
 nieron.*)

ESCENA VI. LA DUQUESA, EL DUQUE; EN SEGUIDA LOS PASTORES

DUQUE (*Dentro.*) ¡Eh! ¡Eh! ¡No corran ustedes! ¡No se asusten us-
 tedes!
DUQUESA ¡Esperen! ¡Oigan!

Salen los duques por la derecha. Visten trajes de automovilistas, exactamente iguales: guardapolvo gris hasta los pies, gorra con orejeras y tapabocas y grandes anteojos que les cubren casi toda la cara. Entre unas cosas y otras, de las personas se descubre muy poco y parecen dos bichos raros enteramente.

DUQUE ¿Serán bárbaros? ¿Pues no se espantan?
DUQUESA ¡Venid, pastorcitos, venid!
DUQUE Por Dios, Jovita, no continúes. ¡Van a creer que cantas villancicos! (*Vuelven a salir por la izquierda, lentamente y con cierta escama, los pastores.*) Acérquense sin miedo. No tratamos de hacer a ustedes daño.

COLÁS Venir, venir, ¡que hablan como nosotros!
DUQUESA ¡Estos gahnápiros pensaban oírnos ladrar!
DUQUE Venimos por la carretera y deseamos saber si ese camino que sale a la derecha es el que conduce a Cercedilla.

COLÁS A Cercedilla, ¿eh? ¿Y a qué van ustedes a Cercedilla?
DUQUESA ¡Los duques de Torremormojón pueden ir donde quieran sin dar cuenta a nadie!

DUQUE ¡Calma, Jovita!
COLÁS ¡Duques! ¿Oís? Icen que son duques con esas antiojeras. (*Todos se ríen con una impertinencia salvaje.*)

DUQUE Pues... vamos a las fiestas. Y como tememos extraviarnos, al ver a ustedes hemos parado el automóvil...

COLÁS ¡Ah! Pero, ¿ustés andan en eso? (*Los pastores hablan bajo entre sí.*)

DUQUESA ¡Un Panhard²⁵ de sesenta caballos!

²⁵ El Panhard era un automóvil bastante conocido en tiempos de Sinesio Delgado, y el mismo rey Alfonso XIII adquirió diversos modelos. Debo estos datos a la amabilidad y la erudición de Luis Miguel Cobo Gradín, del Club Panhard de España.

COLÁS ¿Conque el otromóvil? ¡Pues no teníamos ganas de co-
gerlos a ustés a tiro!

DUQUESA ¿Qué dice este bruto?

COLÁS Amigos, aquí están los que nos matan los perros y las ca-
bras. ¡Zurra, que es tarde! (*Intentan agredirlos.*)

DUQUE ¡Animales, bestias! ¡Ibáñez! ¡Augusto!²⁶ (*Corriendo por la
escena, perseguidos por los pastores, que alzan las cayadas,
gritan y rien.*)

DUQUESA ¡Socorro!... ¡Ay, ay! ¡Socorroooo!...

ESCENA VII. DICHOS, DON QUIJOTE; LUEGO SANCHE

QUIJOTE (*Saliendo gallardamente por la derecha con la espada des-
nuda.*) ¿Quién pide socorro? (*Los pastores quédanse pas-
mados ante la nueva aparición.*)

COLÁS ¡El loco!

BERNARDO ¡El de la espada! (*Huyen más que a escape por la izquier-
da, tropezando y atropellándose. Don Quijote los persigue,
ciego de furor, sin fijarse poco ni mucho en los que quedan
en escena.*)

QUIJOTE ¡Esperad, villanos, que de todos he de dar buena cuenta!
(*Vase.*)

DUQUESA ¡Severiano! ¡Un loco!

DUQUE Eso han dicho. Salimos de Málaga para entrar en Mala-
gón. (*Quédanse en el centro, frente al público, mudos e in-
móviles. En este momento entra Sancho, con la albarda y la
silla a cuestas, fatigado y sudoroso. Deja su carga en el sue-
lo y se sienta a descansar sobre la albarda. De pronto alza
la vista, ve las espantables figuras de los duques y se levan-
ta temblando de miedo. Quiere gritar y el terror no le deja.
Por fin huye por la derecha haciendo la señal de la cruz y
dando trompicones, a tiempo que don Quijote vuelve por la
izquierda envainando la espada.*)

QUIJOTE (*Sin ver a los duques todavía.*) ¡Volved si quisierais, sal-
teadores de caminos, que para combatiros y acabaros vi-
no al mundo don Quijote de la Mancha!

DUQUESA ¿Don Quijote ha dicho?

DUQUE Será su manía. No hay que contrariarla. (*Dando algunos
pasos hacia don Quijote.*) Caballero...

QUIJOTE (*Viéndoles entonces.*) ¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Qué nuevos ves-
tiglos o endriagos me acometen?

DUQUE No somos endriagos ni vestiglos, sino el duque y la du-
quesa de Torremormojón, a quienes ha salvado la vida.

²⁶ No queda nada claro, al no haberlos mencionado antes y al no mencionarlos después, quiénes son estos Ibáñez y Augusto, que además no quedan reflejados en la relación inicial de personajes de la obra. Cabe pensar que se trate de criados de los duques cuyo auxilio se reclama.

- QUIJOTE Perdónenme vuestra altezas; pero ahora comprendo hasta dónde llegan mi desventura y la rabia y encono con que los encantadores me persiguen. Salvo de unos bandoleros a dos personas de alto y esclarecido linaje, y las hallo a la vuelta convertidas en dos monstruos espantables, sin forma ni figura humana. (*Vuelve a Salir Sancho con infinitas precauciones y quédase oyendo la conversación parapetado tras la albarda.*)
- DUQUESA ¡Oiga usted! Eso de monstruo...
- DUQUE ¡Jovita, por Dios!
- QUIJOTE Sepa yo por lo menos, para rendirla el obligado homenaje de cortesía, cuál de vuestras altezas es la dama.
- DUQUESA ¿Cuál ha de ser, hombre de Dios? ¡Yo!
- QUIJOTE Tenedme desde hoy por vuestro más humilde criado, señora, y sabed que daré de buen grado el primer reino que conquiste por sacaros del infierno de vuestra fealdad y tornaros a vuestra prístina belleza y vuestra juventud lozana.
- DUQUE No es necesario, señor don Quijote, porque estamos en nuestro ser natural, aunque este traje, que es el de camino, nos desfigura un poco. Y si vuestra merced quiere convencerse, véngase en nuestro coche a Cercedilla.
- QUIJOTE ¿En vuestro coche? ¡Tente, mago enemigo, que ya te entiendo! Quieres probar mi valor arrebatándome por los aires o llevándome a las entrañas de la tierra... Pero si eso pretendes, no podrás decir que a don Quijote de la Mancha le atemorizaron los peligros, fueren los que fueren. Guía, y pronto.
- DUQUESA Severiano, que esto es una locura.
- DUQUE Tranquilízate. En cuanto lleguemos al pueblo aviso para que le encierren. (*Vanse.*)
- QUIJOTE Sancho amigo, recoge tu carga. Otro Clavileño nos espera. (*Vase.*)
- SANCHO (*Cargando de nuevo con la silla y la albarda.*) Un loco hace ciento; el que con lobos anda a aullar se enseña, y a fuerza de llevar esto encima... acabaré por rebuznar como los regidores del cuento²⁷. ¡Arre, Sancho! (*Música; unos cuantos compases, los suficientes para que Sancho se vaya imitando el trote de una caballería y se haga la mutación.*)

CUADRO TERCERO

Plazoleta de un jardín con estatuas, escalinatas, fuentes, etc., iluminado espléndidamente con infinidad de bombillas de colores que forman entre los árboles toldos de luz. Bancos rústicos a derecha e izquierda.

²⁷ El Sancho de Delgado se refiere al cuento del rebuzno que se detalla en los capítulos 25 y 27 del *Quijote* de 1615.

ESCENA VIII

Silvio, de pie y mirando hacia el fondo derecha, figura dirigir y ensayar a la Reina del Molinete y coro de bayaderas, que salen cuando se indica. Música

SILVIO Detrás de esos chopos
estáis prevenidas,
y al dar tres palmadas
hacéis la salida.
¡Mucha variedad!
¡Mucha exquisitez!
Vamos a probar
por última vez.
Una, dos, tres... (*Dando palmadas.*)

Salen la Reina del Molinete y ocho bayaderas, que forman en ala en el fondo.

Marcando con gracia
la suave cadencia
de la ondulación,
avanzáis un poco,
sin perder la línea
de la formación.
(*Lo hacen así, con la Reina al frente.*)

CORO ¡Venga la canción!
Bayadera de Oriente,
mueve tu cuerpo
como la palma
y en tus ojos ardientes
brille radiante
la luz del alma.

REINA (*Bailando.*)
Cuando el talle se cimbrea,
la mirada centellea
como el rayo abrasador,
y hasta el aire se caldea
y encendido me rodea
con la llama del amor.
Para que agitada
vibre el alma entera,
nada como el baile
de la bayadera.

CORO Bayadera de Oriente,
mueve tu cuerpo
como la palma
y en tus ojos ardientes
brille radiante
la luz del alma.

REINA Los rugidos del deseo
me acompañan a los sonos
de mi canto arrullador
y me abraso cuando veo
tempestades de pasiones
estallando en derredor.

REINA y CORO Para que agitada
vibre el alma entera,
nada como el baile
de la bayadera. (*Fin del baile.*)

SILVIO Seguidme sin perder
compás ni formación,
que así vamos a hacer
la entrada en el salón.
¡Venga la canción!

*Vase primera izquierda.
(Yéndose detrás de Silvio.)*

CORO Bayadera de Oriente,
mueve tu cuerpo
como la palma
y en tus ojos ardientes
brille radiante
la luz del alma.

En cuanto han desaparecido, sale el Zoquete chico por la primera derecha mirando hacia atrás, y como huyendo de alguien que le persigue, recorre asustado toda la escena y, por último, vase corriendo por el fondo izquierda. Inmediatamente sale por la primera derecha Sancho, mira a todas partes y no viendo alma nacida se sienta cachazudamente en el primer banco del mismo lado.

ESCENA IX. SANCHO

Hablado.
SANCHO Sepamos ahora, Sancho hermano, de dónde viene y a dónde va vuesa merced. ¿Viene de regalarse con los apetitosos frutos de ollas y sartenes y va a reposar en algún lecho de plumas? No, sino vengo de mal saciar el hambre con las migajas de la mesa de los duques, y de correr de la ceca a la meca y de zoco en colodro en busca de mi señor y amo. ¿Y quién tiene la culpa de lo que os pasa, Sancho amigo? Téngola yo, por seguir a un loco de atar en sus aventuras y disparates. Tantos debió de hacer apenas llegamos en aquel coche de los demonios, que olía y no a ámbar, que mi señor el duque determinó ponerle a buen recaudo, y llevósele con tanto sigilo, mientras yo me entretenía en la cocina con un mísero alón de pollo, que na-

die pudo después darme razón de su paradero, porque los nigromantes enemigos de mi amo persíguenme también sin duda ninguna, y en todas partes me contestaron en una lengua que no entiendo. Dijéronme unos “ha salido de *pira*”, otros “se las ha *najao*” y otros “¡ha ahuecao el ala!”. ¿Qué piras y qué najas son ésas y cuándo y cómo le habrán salido alas al esforzado caballero?

ESCENA X. SANCHO, LA SEÑORA RAMONA. AL FIN DON QUIJOTE

RAMONA *(Saliendo por la primera derecha y viendo a Sancho.)* Buenas noches.

SANCHO Venga vuesa merced en buena hora.

RAMONA ¿Es usted de la compañía?

SANCHO ¿Qué compañía?

RAMONA Usted perdone; ¡como va usted vestido de esa manera!... *(Recorre la escena, mira a todas partes, y vuelve rápidamente al primer término.)* Pero, ¿dónde se ha metido?

SANCHO ¿Quién?

RAMONA Ese granuja, ese maleta a quien llaman el Zoquete chico, y que chico no será, pero lo que es zoquete...

SANCHO No he visto zoquete alguno, chico ni grande, ha más de una semana.

RAMONA Pues él aquí ha entrao, porque le han abierto la puerta de la verja hace poco... ¡Claro! Ya sabía yo que tenía que venir a la querencia. Pero por aquí tié que salir y aquí le aguardo; no pasa de hoy sin que nos veamos las caras.

SANCHO Ese hombre o lo que fuere, ¿ha hecho a vuesa merced algún desaguisado?

RAMONA ¿Que si me ha hecho? ¡Robarme! ¿Le parece a usted poco guisao? ¡Pues nada menos que robarme!

SANCHO ¿Algún par de aretes de plata o alguna basquiña de paño fino?

RAMONA ¡Qué par, ni qué paño, ni qué cuernos! ¿Está usted de queda?

SANCHO ¡De queda!

RAMONA Lo que me ha robao ese sinvergüenza ha sido mi hija.

SANCHO ¿Qué dice?

RAMONA Sí, señor, sí, mi hija; y no ponga usted esa cara de páparo²⁸. Yo soy la madre de la Ricitos. ¿Usted no ha oído hablar de la Ricitos?

SANCHO Sí, por cierto; y por ella y por otras de su laya andamos mi amo y yo por estos lugares.

RAMONA ¡Ah! ¿Es usted crio del marquesito?

SANCHO No, sino del hidalgo de más limpio linaje que anda en las historias.

²⁸ Se aplica este sustantivo a una persona simple que se asombra fácilmente de lo que ve.

- RAMONA ¿Sí, eh? No me choca; mi niña trae de cabeza a una porción de señores de alto copete. Porque como artista tiene mucho público. ¡Y qué publiquito! Magistraos, generales, banqueros... y de ahí para arriba. Mire usted, parece broma, pero todos la quieren proteger y nos darían lo que nos diera la gana. ¿Sabe usted por qué no tenemos coche y por qué no como yo *foie gras* como otras madres que conozco? Porque la muy pava ha ido a encapricharse de ese golfo y no hace cara a nadie.
- SANCHO (Así Dios me salve como no entiendo nada de lo que dice esta venerable dueña.)
- RAMONA En cuanto ha venido aquí contratada... ¡zas! Aquí se ha encajado con el aquel de la capea. ¿Sabe usted pa qué? Pa arramplar con lo que gane, y a la madre que la parta un rayo. Pero eso se va a acabar hoy mismo, ¡no se ha de acabar! Como le coja, que sí le cogeré, yo le aseguro a usted que no torea mañana. Porque no quiero que me roben más, y no me roban, y no me roban, y no me roban. (*Abre un saquito de mano, saca un frasco pequeño y lo destapa.*)
- SANCHO (Si me hubiesen nacido alas, también las ahuecaría en este punto y hora.)
- RAMONA Con permiso. (*Bebe.*) ¡Ah! Se me ha olvidao. ¿Usted gusta? Es mono.
- SANCHO ¿Mono? Nunca oí nombrar ese brebaje.
- RAMONA Anís del mono, hombre. Es para el flato. En cuanto me pongo nerviosa me da, y si no tuviera esto a mano, me moriría.
- SANCHO (Otro bálsamo de Fierabrás como el nuestro.)
- RAMONA Los artistas, y sobre todo las familias de los artistas, lo usamos bastante. Mi segundo difunto enloquecía por él.
- SANCHO ¿Ha tenido vuesa merced dos difuntos?
- RAMONA Se pué decir que tres, porque al padre de mi niña se lo llevó Dios cuando estábamos en las amonestaciones. ¡Ay! No sabe usted lo que daría por que me vivieran los tres para que no se riera de mí ese cobarde, canalla, más que canalla. ¿Ve usted? Ya estoy nerviosa otra vez. En cuanto hablo de esto...
- SANCHO Torne a *monear* vuesa merced.
- RAMONA Tiene usted razón; es lo único que me calma. (*Destapa de nuevo el frasco.*) Con permiso. (*Bebe otro trago. Aparece don Quijote por el foro izquierda avanzando lentamente y sin fijarse en los que están en escena.*)
- QUIJOTE Aquí me tenéis ya con vosotros, noche oscura y serena y arboleda espesa y temerosa.
- SANCHO ¡Mi amo!
- RAMONA ¿Qué dice ese hombre? Oiga, buen amigo, ese señor sí que será de la compañía, ¿no?

SANCHO ¡Y torna y dale con la compañía! ¿No oye vuesa merced que es el famoso hidalgo don Quijote de la Mancha?

RAMONA Usté dispense, hijo; con esos avíos creí que era un excéntrico inglés de los que bailan la jiga²⁹. (*Se interrumpe de pronto, como si viera alguien lejos por la izquierda.*) ¡Ah! Por allí anda ése. ¡Ahora le cazo! ¡Vaya si le cazo! (*Vase corriendo.*)

ESCENA XI. DON QUIJOTE, SANCHO

QUIJOTE ¿Estás ahí, Sancho amigo?

SANCHO Aquí estoy esperando a vuesa merced para besarle las manos.

QUIJOTE Pues vámonos de aquí sin que nadie se percate de nuestra salida.

SANCHO ¡Cómo, señor! ¿En esas estamos? ¡Así me aspen si lo entiendo! Yo tengo entendido que vinimos aquí para rescatar nuestras cabalgaduras y para redimir a ciertas señoras que lo habían menester, y no le estará bien a vuesa merced irse sin lo uno y sin lo otro.

QUIJOTE En lo que toca al rucio y a Rocinante, el duque los recobró de los cuatreritos y de la cuadra iremos a sacarlos ahora. Y en cuanto a las damas... como no entra en los fueros de la caballería andante devolver la decencia a quien no la tiene, déjolas en paz y aléjome de ellas.

SANCHO Ha hablado vuesa merced como un libro, pero sabido es aquello de que lo que no fue en mi año no fue en mi daño, y donde fueres haz lo que vieres, y cuando te den la vaquilla corre con la soguilla. Dígolo al tanto de que... (*Voces y gritos dentro.*)

QUIJOTE Calla y cierra el saco de tus refranes, Sancho, que alguien pelea no muy lejos.

RAMONA (*Dentro.*) ¡Socorro! ¡A ése!

ZOQUETE (*Idem.*) ¡Maldita sea!

RAMONA ¡Canalla, pillo, granuja!... ¡Socorroooo!... (*Siguen las voces.*)

QUIJOTE Pide socorro una voz de mujer.

SANCHO Aporreado me veo por añadidura. (*Salen por el fondo izquierda el Zoquete y la señora Ramona, aquél perseguido por ésta, que le golpea, le araña, le arrastra, le empuja, etc., etc.*)

ESCENA XII. DICHOS, RAMONA, ZOQUETE.

ZOQUETE ¿Se quíe usté estar quieta?

RAMONA (*Zarandeándole más todavía.*) ¡Si no te escapas, tramposo, muerto de hambre!

ZOQUETE Señora Ramona, no me sofoque usté, que me pierdo.

²⁹ La jiga, o giga, es una danza popular, originaria de Irlanda e Inglaterra (*jig*), que surge en el siglo XVI.

- QUIJOTE (*Interponiéndose con energía.*) Nadie dé un paso más sin que yo sepa la causa de esos golpes.
- RAMONA ¿Y a usted qué le importa?
- SANCHO (*Reconociendo a Zoquete.*) ¡El del morlaco que robó el rucio! (*Acercándose a él y zarandeándole a su vez.*) Venid acá, señor lanceador de toros, que quiero pagaros el favor dándoos algunas puñadas a cuenta.
- QUIJOTE (*Separándole.*) Aparta, Sancho; que tiempo habrá de tocar ese punto que a nosotros atañe; antes debo yo poner en claro la ofensa o sinrazón de que esta dama se queja, y hacer la justicia por mi mano.
- RAMONA Déjeme usted en paz, señor inglés, que la justicia me la hago yo solita. (*Sigue la zurra.*)
- ZOQUETE ¡Que me pierdo, señora Ramona!
- RAMONA Suelta eso que te llevas, ladrón, estafador de menores.
- ZOQUETE ¡Que se calle usted digo!
- QUIJOTE (*Separando a los contendientes.*) De que este bellaco es ladrón tenemos acá más que barruntos, pero puesto que no es bien que una mujer aporree a un hombre que no ha de responderla, apártese la dueña y deje a mi cargo el castigo del agravio que este malaventurado la hubiese hecho.
- ZOQUETE Oiga, amigo; lo que hay entre esta señora y yo son cuentas nuestras.
- QUIJOTE Pídolas yo, que puedo.
- ZOQUETE ¿A mí? ¡Maldita sea! (*Hace ademán de sacar la navaja.*)
- QUIJOTE (*Sacando rápidamente la espada.*) ¡Téngase el rufián, o por la orden de caballería que profeso juro que le atravieso de parte a parte!
- ZOQUETE (*Tranquilizándose de repente.*) (Zape, que está loco.)
- RAMONA ¡Bien hecho! Dele usted una estocada, aunque sea a paso de banderillas.
- QUIJOTE Hable antes la dueña.
- RAMONA Pues mire usted, aquí el caso es que yo tengo una hija que, dicho sea sin ofender a nadie, es más inocente que una paloma.
- ZOQUETE ¡Miau!
- RAMONA No me hagas el gato, porque te estrello. Y este asaúra³⁰ me la tiene tan atemorizada que todo lo que ella gana con su trabajo honradamente se lo gasta él en vino y en ropa.
- SANCHO Más en vino que en ropa por lo que se ve, o la muchacha no gana arriba de tres maravedises.
- QUIJOTE Punto en boca, Sancho, que nadie pide la ayuda de tus luces.

³⁰ *Asaduna* o *asaúra*, variante que refleja la elisión de la *d* intervocálica en la pronunciación vulgar, es el término usado en argot para referirse tanto a la flema, a la poca gracia o a la pesadez de una persona, como a la persona misma que tiene esos defectos.

- RAMONA Es que se conoce que el botijo este también es muy gracioso.
- SANCHO Soy...
- QUIJOTE ¡Calla, he dicho! Siga la dueña.
- RAMONA Y, ¡claro está!, como tiene este espantajo al lao, la chica está perdiendo muy buenas proporciones. ¿Sabe usted por qué? Porque yo llevo faldas y soy una pobre viuda.
- SANCHO Dos veces y media.
- QUIJOTE ¿Viuda y pobre? Con esas dos palabras ha adelantado vuesa merced más que con todo el discurso. (*Al Zoquete.*) Defiéndase ahora el salteador de caminos.
- ZOQUETE Yo no digo más que unas palabritas: que eso de las doncellas es un infundio, que esta señora no es tal señora, y que aquí no hay más inocente paloma que menda el escarolero.
- QUIJOTE ¡Hable en cristiano el hartó de ajos, o cortarle he la lengua!
- ZOQUETE Pues más claro agua: que la señora Ramona está pa que la emplumen, que usted está más guillao que un cerrojo... y que a mí no me saca ni Dios los dos duros que me ha dao ésa. Soy con ustedes. (*Vase corriendo por la derecha.*)
- RAMONA ¡Ah, ladrón! ¡Que se escapa! (*A don Quijote.*) ¿Lo ve usted, so morral? ¡Por habérmele quitao de entre las uñas! (*Le da un bofetón que le hace tambalearse y echa también a correr tras el otro.*)
- SANCHO ¡Hi de tal, y qué reja³¹ tiene la bellaca!
- QUIJOTE (*Con la mano en la parte dolorida.*) Ahora es cuando te digo, Sancho, que debes alabar y poner por las nubes mi valor y fortaleza. Porque viendo cómo me pagan los que quise amparar, no saldré de aquí esta noche sin salvar a la hija de esta deslenguada y furiosa dueña. No se hable más, y sígueme. (*Vase por la derecha.*)
- SANCHO ¡Miren con lo que sale ahora! ¡Con que salvemos la honra de la Ricitos! ¡Más fácil le sería hacerme emperador de la Trebisonda! (*Vase tras don Quijote.*)

ESCENA XII. EL MARQUESITO, SILVIO LILIAL, LA REINA DEL MOLINETE, LA BELLA ZAIDA, CUCÚ, LA RICITOS, BAYADERAS, EXCÉNTRICOS, COUPLETISTAS, CLOWNS, DAMAS Y CABALLEROS CONVIDADOS

- Música.
- CORO (*Saliendo.*)
Bien decía el Marquesito.
¡Cuántas luces! ¡Qué esplendor!

³¹ El Sancho de Sinesio Delgado elogia la robustez de Ramona empleando la misma palabra con la que el Sancho cervantino significa la de Aldonza Lorenzo en el capítulo I, 25 del *Quijote*: “¡Oh hi-deputa, qué reja tiene, y qué voz!”.

	Para terminar la fiesta este sitio es el mejor. <i>(Llamando.)</i> ¡Bella Zaida!
ZAIDA	<i>(Dentro.)</i> ¿Qué se ofrece?
CORO	Ven aquí. <i>Sale Zaida.</i> ¡Tú, Ricitos!
RICITOS	<i>(Dentro.)</i> ¿Qué se ofrece?
CORO	Ven acá, <i>Sale la Ricitos.</i> que aspirando los perfumes del jardín las coplitas y los tangos gustan más.
ZAIDA	Cuando don Prudencio se va a la oficina, sale de paseo doña Valentina. Corre por las calles, vuelve sofocada, y el marido nunca se entera de nada. Pero todos saben que puede ascender con los paseítos que da su mujer.
	—
	Si veis algún coche que va a la Bombilla ³² y que lleva echadas las dos cortinillas y marcha despacio cruzando el Vivero ³³ , ¡rezad por el alma del pobre cochero! Porque una pareja va de fijo en él, ¡y va haciendo el hombre bonito papel!
	<i>Hablado.</i>
UNO	¡Esta es una mujer de gracia!
OTROS	¡Otra cosa! ¡Venga otra cosa!
SILVIO	Allá voy yo. Baten el nenúfar,

³² La Bombilla es un tradicional lugar de recreo situado en los alrededores de Madrid capital, entre la orilla izquierda del río Manzanares y la carretera de El Pardo.

³³ El Vivero se encuentra al norte de la Bombilla.

el nenúfar baten
ondulantes ritmos de la brisa leve...
(Todos.) ¡No! ¡Que se calle! ¡Que se calle!
MARQUÉS ¡No! ¡No! Amigo Silvio, ¡nenúfares no!³⁴
REINA Anda tú, Ricitos.
RICITOS Vaya por ustedes.
Música.
La Ricitos baila un tango canallesco, con mucho taconeo y mucha bulla.

ESCENA XIV. DICHOS, DON QUIJOTE, SANCHE

Hablado.
(Todos.) ¡Más, más! ¡Otro, otro!

Aparece don Quijote por la primera derecha y se planta fieramente en primer término. Al verle todos se apartan replegándose a la izquierda, con lo cual su figura y la de Sancho, que sale también y se queda al paño esperando los acontecimientos, se destacan durante toda la escena.

QUIJOTE ¡Ni otro, ni ninguno, ni nada más, mientras yo pueda sostener el hierro en el puño!

SANCHE (Aquí encontramos la sepultura que andábamos buscando).

MARQUÉS ¡Calle! ¡Si es el bueno de don Quijote que se nos había perdido! Venga usted acá, ingrato... (*Dirigese a él con los brazos abiertos*)

QUIJOTE No dé un paso adelante vuesa merced, que en son de guerra vuelvo, y ensartaré en mi espada a quien se me acercare.

MARQUÉS (*Retrocediendo instintivamente.*) ¡Pues nos va a dar la noche el señor este!

ZAIDA No hacerle caso.

REINA ¡Echarle fuera!

UNO ¡Que baile el tango!

TODOS (*Con sonsonete.*) ¡Que lo baile! ¡Que lo baile!

QUIJOTE ¡Atrás y silencio digo, gente descomunal y diablesca, o temed los rayos de mi enojo! (*Todos pretenden huir chillando.*)

MARQUÉS Quietos. (*A don Quijote con dulzura*) Pero si no somos diablos ni descomunales, señor don Quijote, sino buenos amigos de usted que queremos que se divierta con nosotros.

QUIJOTE ¡Nunca los varones fuertes y sanos se entregaron a esas diversiones, que quitan a los hombres la fortaleza y el brío y a las mujeres sus más preciados encantos, que son el pudor y la vergüenza!

³⁴ Sinesio Delgado convierte este cómico rechazo a los nenúfares, omnipresentes en la literatura modernista, en un inconfundible rechazo al lenguaje afectado del movimiento, y por extensión, al movimiento mismo.

MARQUÉS ¡Pues nos está poniendo de chupa de dómine!
 CUCÚ (*Acercándose a él picarescamente y alzando la pierna.*) ¡Cu
 cu! (*Se retira riendo.*)
 QUIJOTE ¡Voto a tal, doña daifa o doña diablo!...
 REINA Me parece que esto ya es mucho aguantar. Dale dos pa-
 los, Silvio.
 SILVIO (*Avanzando un poco.*) ¡Huye, visión macabra, que ya bas-
 ta de vesánicas elucubraciones!
 QUIJOTE ¡Oiga el bellaco asesino del idioma!...
 MARQUÉS ¡Ea! No le hagáis caso y vamos a lo nuestro. ¿Qué nú-
 mero viene ahora?
 SILVIO La *galop*³⁵ de las banderas.
 MARQUÉS Pues prepararse, y andando.

Entre la bulla y algazara consiguientes, coupletistas, clowns, excéntricos y pierrotes se forman en el fondo, en dos o cuatro filas, según sea su número, enarbolando muchos de ellos banderas de todas las naciones. Silvio se coloca al frente, empuñando una bandera española. El Marquesito y los convidados se apartan a la izquierda para dejar paso a la troupe.

¡Échese a un lado, amigo, que le van a atropellar estas buenas mozas!
 SILVIO ¿Estamos? ¡A una! ¡A dos! ¡A...!
 QUIJOTE ¡Nadie se mueva, he dicho! Antes habéis de entregarme a esa infeliz doncella (*por la Ricitos*), amarrada contra su gusto a la argolla de vuestra necedad.
 RICITOS ¡Anda, salero! ¡Qué guasa se trae a última hora el hombre!
 ZAIDA Saluda, Ricitos, que te van a defender la honra.
 REINA Anda y no lo desprecies, mujer, que buen hotelito en Recoletos³⁶ te espera. (*Risas más fuertes, casi escandalosas.*)
 QUIJOTE (*Fuera de sí.*) Esa risa es sandez y burla a un tiempo, y cobardía sería aguantarla. ¡Denme esa doncella pronto, o de todos los aquí presentes he de dar buena cuenta!
 SILVIO Fantasma, o te alongas, o hago vibrar sobre ti este símbolo. (*Enarbolando la bandera.*)
 QUIJOTE ¿Qué dices, canalla, mal nacido? (*Arrojándose sobre él.*)
 SILVIO Esto.

Alza la bandera para descargar el golpe. Don Quijote le detiene con el brazo, acuden muchos más en defensa de Silvio y, forcejeando todos violentamente, recibe don Quijote tales empellones que le derriban en tierra, sin que pueda evitarlo Sancho, que acude en su ayuda. Al cabo

³⁵ Danza rápida que fue extraordinariamente popular a mediados del siglo XIX.

³⁶ El hotelito en el lujoso Paseo de Recoletos de Madrid era una de las concesiones más comunes que los hombres adinerados hacían a sus amantes.

arranca a Silvio de las manos la bandera, que queda en el suelo. Sancho la recoge devotamente y la coloca sobre el banco más próximo. Silvio se vuelve hacia las masas, dispuestas para el baile, y dice:

¡Adelante todos! Paso, señores.

Música. Empieza una galop cancanesca desenfrenada y loca. Los bailarines avanzan hasta el primer término y, al llegar a él, hacen una evolución y vanse por la primera izquierda. El Marquesito y los convidados se apartan al fondo y miran hacia la izquierda también, como si contemplaran el desarrollo de la galop entre los árboles. Don Quijote y Sancho quedan solos en primer término derecha. Sigue la música pianísimo en la orquesta.)

SANCHO
QUIJOTE

Se van.

Sí; se van dejándome maltrecho y derribado en tierra. ¡Canalla ruin y fementida! Vencido y humillado estoy y justo es que a los caballeros vencidos les coman adivas, y les piquen avispas y les hollen puercos. Trae aquella bandera, Sancho, y envuelto en ella vuélvanme al sepulcro, de donde en mal hora me sacaron los encantadores mis enemigos.

SANCHO
QUIJOTE

No se aflija y cobre ánimo, señor, que aún puede vuesa merced alzarse y correr nuevas aventuras.

¡Trae aquella bandera, te digo! Y vive tú que puedes, Sancho. Goza, diviértete y sacia tus apetitos como quieras, que tuyo es desde ahora el mundo. Pero muera yo; muera don Quijote de la Mancha y entiérrense con él el valor temerario y la locura sublime, el amor sin esperanzas y el dolor por el sufrimiento ajeno, el amparo de las doncellas y el socorro de los desvalidos; la fe, la generosidad y la hidalguía... ¡Cuanto ha cubierto siempre esta santa bandera³⁷ que aquel malsín dejó en mis manos!

MARQUÉS

Ya vuelven, ya vuelven. ¡Adelante! ¡Viva la bagatela! *(Fuerte en la orquesta. Entran de nuevo, por el foro izquierda, los bailarines, y la galop llega a su apogeo, mientras muere don Quijote en brazos de Sancho y cae lentamente el telón.)*

ED. SANTIAGO A. LÓPEZ NAVIA

³⁷ En su "Canto a la bandera" de 1906 Sinesio Delgado ya defendió sin reservas el valor sagrado de la bandera de España, que cubre valores que reflejan muy bien, en otros términos, la fe, la generosidad y la hidalguía que don Quijote exalta en sus últimas palabras: "Cubres el templo en que mi madre reza,/las chozas de los míseros labriegos,/las cunas donde duermen mis hermanos,/la tierra en que descansan mis abuelos./Por eso eres sagrada. En torno a ti,/a través del espacio y de los tiempos/el eco de las glorias españolas/vibra y retumba con marcial estruendo" (ver el poema en Beatriz Quintana Jato, *Sinesio Delgado y el Madrid del 98*, Palencia, Cálamo, 1999, p. 155).